Tristana e Irene, dos historias de mujeres decimonónicas en las «Novelas contemporáneas» de Benito Pérez Galdós

Tristana and Irene, the Stories of Two 19th Century Women in Benito Pérez Galdós's "Contemporary Novels"

LAVINIA SIMILARU

Universitatea din Craiova

Palabras clave

Benito Pérez Galdós; realismo; *Tristana*; *El amigo Manso*; mujer.

La novela es para Benito Pérez Galdós, "imagen de la vida", según aclara él mismo en su discurso de recepción en la Real Academia, de manera que el escritor tiene que esforzarse en narrar fielmente todos los hechos y los pensamientos de la gente. Asimismo, es indudable el interés de Galdós por la mujer. En su afán de dar testimonio de la vida de sus contemporáneos, el escritor preclaro reflexiona detenida y concienzudamente en todas sus novelas sobre la condición de la mujer en su época. Tristana es la protagonista de la novela homónima, mientras Irene es una de las heroínas de *El amigo Manso*. Las dos tienen caracteres opuestos, ya que Tristana desearía tener una profesión y ser independiente, no depender de un hombre, mientras Irene tiene una profesión, es independiente, pero lo único que desea es depender de un hombre, es decir casarse y dejar de trabajar. Tristana se esfuerza en estudiar y en descubrir su vocación, sueña con una carrera y, a pesar de estar enamorada, no desea casarse. Irene es una buena institutriz y trabaja en casa de una familia adinerada, pero está a su vez enamorada y aspira a casarse y a ser mantenida por el marido.

Keywords

Benito Pérez Galdós; Realism; *Tristana*; *El amigo Manso*; woman.

For Benito Pérez Galdós the novel is "the image of life", as he himself pointed out during his acceptance speech at the Royal Spanish Academy, therefore in his view writers must strive to faithfully portray the events and the characters' thoughts in their novels. Furthermore, Galdós's interest in women is undeniable. In his eagerness to bear witness to the life of his contemporaries, the illustrious writer thoroughly and conscientiously reflected upon the status of women in his era. Tristana is the protagonist of the homonymous novel, while Irene is one of the main characters in *El amigo Manso*. Both women reveal opposite personalities, since Tristana aspires to a professional career and independence, without having to rely on a man, while Irene, who already has a profession and is independent, dreams about depending on a man by getting married and not working anymore. Tristana struggles to complete her studies and find her vocation, wishes to have a career and, even though she is in love, does not want to marry. Irene is a good governess and works in the house of a wealthy family and is also in love, but she pursues marriage and being maintained by her husband.

1. Galdós, maestro del realismo

Los primeros atisbos del realismo se manifiestan en la novela española cuando esta corriente literaria alcanza en otros países su ocaso. Pero el retraso valió la pena, ya que en España el realismo produjo obras singulares, imperecederas y admirables. Al reflexionar sobre el original enfoque de la novela decimonónica, Francisco Caudet concluye que “recrear estructuras socio-históricas, trazar el precario destino del individuo en unos medios degradados y, dicho en una palabra, desvelar en profundidad la realidad, ha sido la tarea que define a la novela decimonónica y, en particular, a la obra novelística de Galdós” (Caudet, 1992: 11). Galdós mismo, al ingresar en la Real Academia, precisa en su discurso de recepción que “imagen de la vida es la novela” (Galdós, 2006: 2). El arte de escribir novelas supone “reproducir los caracteres humanos, las pasiones, las debilidades, lo grande y lo pequeño, las almas y las fisonomías, todo lo espiritual y lo físico que nos constituye y nos rodea y el lenguaje que es la marca de la raza, y las viviendas que son el signo de la familia, y la vestidura que diseña los últimos trazos externos de la personalidad...” (2).

Nadie duda de que el escritor haya logrado su propósito; en la actualidad es considerado el incontestable maestro del realismo español. Isabel González y Gabriel Sevilla destacan el mismo inmenso empeño que pone Galdós en escrutar y relatar: “no es más que un escritor dedicado día tras día durante cincuenta años [...] a observar la realidad española y llevar el fruto de sus observaciones a su obra novelística” (2017: 11).

Los críticos coinciden en afirmar que Galdós es sin duda “el verdadero creador de lo que entendemos por realismo moderno en la novela española” (Del Río, 1982: 295), puesto que “fue el primero en asimilar la lección de Balzac y de Dickens, al par que supo dar sentido nuevo al retorno hacia el antiguo realismo español, apropiándose lo substancial y rehuyendo la trampa de la imitación externa...” (295).

Sin lugar a dudas, leyendo las obras de Galdós, el lector tiene una sensación única de compartir la vida de los personajes, que parecen personas reales de su época, que esbozan gestos cotidianos y reaccionan con naturalidad, visten según la moda de su época, tienen preocupaciones típicas, usan utensilios peculiares de su época... Son evidentemente seres de carne y hueso, con sentimientos y profundidad psicológica. Los historiadores literarios españoles aprecian que Galdós “se ha convertido con el tiempo en nuestro máximo novelista después de Cervantes y, con ventajas y desventajas para uno y otros, comparable a Dickens, Balzac o Dostoiéwski, sus contemporáneos” (Menéndez Peláez et al., 2005: 337).

Galdós posa su mirada lúcida sobre ambientes y personas, está interesado en todas las clases y capas sociales, ya que “el ingenio humano vive en todos los ambientes, y lo mismo da sus flores en los pórticos alegres de flamante arquitectura, que en las tristes y desoladas ruinas” (Galdós, 2006: 6).

En su afán por reflejar fielmente el mundo en que vive, Galdós crea magníficos retratos de contemporáneos suyos, hombres, mujeres y niños.

Ya que desea con ardor relatar para la posteridad la historia de España, Galdós no puede ignorar el papel de la mujer. María Zambrano considera que Galdós es el primero en la literatura española que concede a la mujer un lugar igual al del hombre. Y no se equivoca en absoluto.

Un escritor realista no podía ignorar antes que nada la eterna lucha de las mujeres españolas, que –igual que las mujeres de todo el planeta– aspiraban a ser iguales a los hombres, y a tener libertad, “uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella

no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre”, como escribe Cervantes en *Don Quijote* (II, 58).

A lo largo de la historia, las mujeres buscaban la protección de un hombre, todas deseaban tener a su lado un hombre poderoso, porque la mujer no podía valerse por sí misma, y su destino habitual era el matrimonio o el convento. La mayoría de las mujeres trabajaban, pero podían tener solamente profesiones ancilares.

Galdós conoce muy bien el alma femenina, la indaga detenida y concienzudamente, hasta que consigue esbozar en sus obras mujeres humildes y mujeres nobles, criadas, vendedoras, nodrizas, peinadoras, cocineras, costureras, burguesas y aristócratas.

No faltan los hábitos y las preocupaciones de las mujeres en las novelas galdosianas. Tampoco faltan los sentimientos, los impulsos y las vivencias de sus contemporáneas.

Los gestos de sus heroínas son siempre calcos de los que cometían las mujeres reales de su época. Las heroínas de Galdós se visten, se mueven, se comportan, piensan y sienten exactamente como lo hacían las mujeres decimonónicas en España.

2. Tristana

La emancipación de la mujer es uno de los temas predilectos de Galdós.

La crítica ha destacado asimismo que “*Tristana* es representativa del periodo en que Galdós se interesa más por la verdad de la persona en su sociedad, y en particular de la mujer en su relación con el hombre, que por la realidad de dicha sociedad a través de unos tipos ejemplificadores” (González; Sevilla, 2017: 19).

Tristana es una joven huérfana, que sueña con “vivir y ser libre” (Galdós, 2017: 139). La indigna el lugar que la sociedad decimonónica asigna a la mujer, se lamenta reiteradamente: “Ya sé, ya sé que es difícil eso de ser libre... y honrada. ¿Y de qué vive una mujer no poseyendo rentas? Si nos hicieran médicas, abogadas, siquiera boticarias o escribanas, ya que no ministras y senadoras, vamos, podríamos... Pero cosiendo, cosiendo... Calcula las puntadas que hay que dar para mantener una casa... Cuando pienso lo que será de mí, me dan ganas de llorar” (139).

El matrimonio no la atrae, ella quiere tener con los hombres una relación de igual a igual, desea una equidad que la sociedad le niega. Después de la muerte de su madre, se queda sola y vive bajo la protección de un antiguo amigo de su padre, don Lope Garrido, convertido en tutor. Pero don Lope es un mujeriego empedernido y no puede renunciar tan fácilmente a las antiguas andanzas, a pesar de la vejez que le aqueja. Tristana tiene solamente diecinueve años cuando llega a ser pupila de don Lope. Las mujeres bellas son la perdición del “gran estratégico en lides de amor” (120), de manera que don Lope no puede resistir la tentación y corteja a Tristana, para acabar transformándola en su amante. Como Tristana al principio se siente halagada y necesita afecto, consiente a las efusiones del hombre maduro, pero después le repugna la diferencia de edad, rehúye las pruebas de apasionamiento que le da. Los dos amantes coinciden extrañamente en sus ideas sobre el matrimonio, circunstancia que Tristana observa y le confiesa a la criada Saturna, en quien ha encontrado una amiga:

no todo lo que este hombre perverso nos enseña es disparatado, y algo de lo que habla tiene mucho intrínquis... Porque lo que es talento, no se puede negar que le sobra. ¿No te parece a ti que lo que dice del matrimonio es la pura razón? Yo... te lo confieso, aunque me riñas, creo como él que eso de encadenarse a otra persona por toda la vida es invención del diablo... ¿No lo crees tú? Te reirás cuando te diga que no quisiera casarme nunca, que me gustaría vivir siempre libre”. (138)

Inmediatamente añade que, de todos modos, ella ya nunca podría casarse: “Ya, ya sé lo que estás pensando; que me curo en salud, porque después de lo que me ha pasado con este hombre, y siendo pobre como soy, nadie querrá cargar conmigo. ¿No es eso, mujer, no es eso?” (138).

No podemos dejar de mencionar que la imposibilidad de casarse no entristece a la joven. Lo que la entristece, en cambio, es constatar que las mujeres viven “sin movimiento, atadas con mil ligaduras...” (141).

Tristana imagina un sinnúmero de profesiones para ella: piensa que podría ser actriz, pintora, escritora... Saturna cumple con su deber de obligarla a volver a la realidad –como obliga Sancho a Don Quijote– y, con cierta ironía, le dice que de las palabras no se puede vivir, sólo los políticos lo consiguen a través de sus discursos, pero “Para eso hay que ser hombre, señorita. La maldita enagua estorba para eso, como para montar a caballo” (140).

A fuerza de pensar, Tristana halla una profesión que sí podría ejercer y obtiene la aprobación de la sabia Saturna: podría dar lecciones, trabajar de institutriz, encargarse de la educación de los niños de las familias adineradas. Le gustaría poder hablar idiomas:

También se me ocurre que yo podría estudiar lenguas. No sé más que las raspaduras de francés que me enseñaron en el colegio, y ya las voy olvidando. ¡Qué gusto hablar inglés, alemán, italiano! Me parece a mí que si me pusiera, lo aprendería pronto. Me noto... no sé cómo decírtelo... me noto como si supiera ya un poquitín antes de saberlo, como si en otra vida hubiera sido yo inglesa o alemana y me quedara un deajo... (141)

La heroína lamenta no haber tenido una educación más útil, que la ayudara a sobrevivir, en vez de tener la educación típica de las jóvenes aristócratas o burguesas:

Ahora me parece a mí que si de niña me hubiesen enseñado el dibujo, hoy sabría yo pintar, y podría ganarme la vida y ser independiente con mi honrado trabajo. Pero mi pobre mamá no pensó más que en darme la educación insustancial de las niñas que aprenden para llevar un buen yerno a casa, a saber: un poco de piano, el indispensable barniz de francés, y qué sé yo... tonterías. ¡Si aun me hubiesen enseñado idiomas, para que, al quedarme sola y pobre, pudiera ser profesora de lenguas...! (181)

Se enamora de Horacio, un joven pintor, él la acepta, aunque está al tanto de lo que había ocurrido entre ella y su tutor. Pero, a pesar de sus sentimientos, Tristana no sueña con casarse y se lo hace saber a su amado con estas palabras: “Si encuentro mi manera de vivir, viviré sola. ¡Viva la independencia!... sin perjuicio de amarte y de ser siempre tuya [...] ¡Ay!, has de verme en mi casita, sola, queriéndote mucho, eso sí, y trabajando, trabajando en mi arte para ganarme el pan; tú en la tuya, juntos a ratos, separados muchas horas, porque... ya ves, eso de estar siempre juntos, siempre juntos, noche y día, es así, un poco...” (187). No duda en decirle claramente que no quiere casarse y en exponerle sus razones; está dispuesta a experimentar el amor sin convivencia continua:

Yo me entiendo: tengo acá mis ideítas. Nada de matrimonio, para no andar a la greña por aquello de quién tiene las faldas y quién no. Creo que has de quererme menos si me haces tu esclava; creo que te querré poco si te meto en un puño. Libertad honrada es mi tema... o si

quieres, mi dogma. Ya sé que es difícil, muy difícil, porque la *sociedad*, como dice Saturna... No acabo de entenderlo... Pero yo me lanzo al ensayo... ¿Que fracaso? Bueno. Y si no fracaso, hijito, si me salgo con la mía, ¿qué dirás tú? (187)

Piensa sucesivamente en hacerse pintora, profesora, actriz. Don Lope la complace y le pone profesora de inglés. Tristana está encantada y se esfuerza mucho, es una alumna muy aplicada. También le gustaría ser actriz y piensa que sería una solución: “Sí, sí, ¿por qué no he de ser actriz? Si no, seré lo que quiera... Viviré con holgura decorosa, sin ligarme eternamente a nadie, ni al hombre que amo y amaré siempre. Le querré más cuanto más libre sea” (228).

A Horacio le reitera una y otra vez sus propósitos en las cartas de amor que le escribe cuando el joven abandona la capital, para estar al lado de su tía enferma: “Me da por pensar que se cumplirán mis deseos, que seré actriz del género trágico, que podré adorarte desde el castillo de mi independencia comiquil. Nos querremos de castillo a castillo, dueños absolutos de nuestras respectivas voluntades, tú libre, libre yo, y tan señora como la que más, con dominios propios y sin vida común ni sagrado vínculo ni sopas de ajo ni nada de eso” (228).

A la protagonista le cuesta escoger una profesión, ya que le gustan varias y piensa que podría ejercerlas y disfrutarlas. Cualquier profesión le atrae, cualquiera que le permita vivir es mejor que el matrimonio. Después de muchas y profundas cavilaciones, concluye que hacerse actriz es la mejor opción y se lo comunica a su amado Horacio en una carta:

La esfinge de mi destino desplegó los marmóreos labios y me dijo que para ser libre y honrada, para gozar de independencia y vivir de mí misma, debo ser actriz. Y yo he dicho que sí; lo apruebo, me siento actriz. Hasta ahora dudé de poseer las facultades del arte escénico; pero ya estoy segura de poseerlas. Me lo dicen ellas mismas gritando dentro de mí. ¡Representar los afectos, las pasiones, fingir la vida! ¡Jesús, qué cosa más fácil! ¡Si yo sé sentir no sólo lo que siento, sino lo que sentiría en los varios casos de la vida que puedan ocurrir! Con esto, y buena voz, y una figura que... vamos, no es maleja, tengo todo lo que me basta. (219)

Las ideas de esta mujer decimonónica cuajan y llegan a componer un verdadero discurso feminista, del que se sentirían orgullosas las más tenaces defensoras de los derechos de la mujer:

Aspiro a no depender de nadie, ni del hombre que adoro. No quiero ser su manceba, tipo innoble, la hembra que mantienen algunos individuos para que les divierta, como un perro de caza; ni tampoco que el hombre de mis ilusiones se me convierta en marido. No veo la felicidad en el matrimonio. Quiero, para expresarlo a mi manera, estar casada conmigo misma, y ser mi propia cabeza de familia. No sabré amar por obligación; sólo en la libertad comprendo mi fe constante y mi adhesión sin límites. Protesto, me da la gana de protestar contra los hombres, que se han cogido todo el mundo por suyo, y no nos han dejado a nosotras más que las veredas estrechitas por donde ellos no saben andar... (206)

Esta heroína de Galdós es una mujer firme y decidida, dispuesta a trabajar para ganarse la vida sin necesitar la protección de un hombre. Quiere prescindir de los hombres para vivir; el hombre amado no tiene que mantenerla. Desafortunadamente, Tristana fracasa lamentablemente. Un problema en la rodilla acaba gangrenándose y le amputan la pierna. Sin

una pierna, no podrá ser actriz como anhelaba. La mujer tiene que renunciar a sus sueños de ganarse la vida sin ayuda de nadie. Horacio vuelve a Madrid, pero la relación se enfría. Más tarde, la heroína se entera de que el joven pintor se casa con otra mujer. Por eso, Tristana acepta finalmente el matrimonio. Se casa con don Lope a instancias de unas primas de él, que les ofrecen una pequeña fortuna si se casan. Pero Tristana “acepta el matrimonio con indiferencia porque no le queda más remedio; todo le da igual, incluso no se da ni cuenta de que la casan. Acepta esta situación como un hecho impuesto por la sociedad” (González; Sevilla, 2017: 23). Después encuentra placer y consuelo en el arte culinario, sobre todo en la repostería.

3. Irene

Es la heroína de la desconcertante novela *El amigo Manso* y no se parece en absoluto a Tristana, a pesar de ser otra madrileña huérfana, joven y bella. Las aspiraciones de las dos mujeres distan enormemente.

El protagonista y, junto con él, los lectores se enteran de que Irene se matricula en la “Escuela Normal de Maestras [...], llevada del deseo de labrarse una posición y de no depender de nadie. Había hecho exámenes brillantes y obtenido premios” (Galdós, 2008: 47).

La joven llega a ser una buena maestra, tiene la paciencia, el tacto y la delicadeza que requiere el trato con niños, además de otras virtudes: “discreción, mesura, recato y laboriosidad” (74). Se coloca en casa de una familia acomodada y se encarga de la educación de los tres hijos, cuyo aprecio se gana rápidamente, por su forma de relacionarse con ellos y de trabajar: “¿Cómo llegó a domar a aquellas tres fierecitas? Con su penetración hizo milagros, con su innata sabiduría de las condiciones de la infancia. Los pequeños, jamás castigados por ella corporalmente, la querían con delirio. La persuasión, la paciencia, la dulzura eran frutos naturales de aquella alma privilegiada” (74).

Irene es estimada no solamente por los niños, sino también por sus padres. El tío de los alumnos, el profesor Máximo Manso, se enamora de ella. No tarda mucho en observar que Irene está muy lejos de ser una soñadora, es más bien una mujer pragmática, realista: “Noté que la imaginación tenía en ella lugar secundario. Su claro juicio sabía descartar las cosas triviales y de relumbrón, y no se pagaba de fantasmagorías, como la mayor parte de las hembras. [...] Rara vez sorprendí en sus palabras el entusiasmo, y este era siempre por cosas grandes, serias y nobles” (87). El profesor la considera “un tesoro” (88) y está seguro de haber encontrado “aquí la mujer perfecta, la mujer positiva, la mujer razón, contrapuesta a la mujer frivolidad, a la mujer capricho” (87).

Irene acaba el día leyendo en su cuarto, tiene conocimientos dispersos, el héroe aprecia en ella “la cultura apropiada a su sexo y superior indisputablemente a toda la que pudieran mostrar las mujeres de nuestro tiempo” (88). Asimismo, Irene no ocultaba su “antipatía a la sabiduría facultativa de las mujeres y a que anduviese en faldas el ejercicio de las profesiones propias del hombre; pero al mismo tiempo vituperaba la ignorancia, superstición y atraso en que viven la mayor parte de las españolas” (89). Además, Irene tiene gran sensibilidad y muy buen gusto:

No le gustaban los toros, y aborrecía todo lo que tuviera visos de cosa chulesca. Era profunda y elevadamente religiosa; pero no rezona, ni gustaba de pasar más de un rato en las iglesias. Adoraba las bellas artes y se dolía de no tener aptitud para cultivarlas. Tenía afanes de decorar bien el recinto donde viviese y de labrarse el agradable y cómodo rincón doméstico que los ingleses llaman *home*. Sabía poner a raya el sentimentalismo huerco que desnaturaliza

las cosas y evocar el sano criterio para juzgarlas, pesarlas y medirlas como realmente son.
(Galdós, 2008: 89)

El protagonista no puede dejar de admirar a esta mujer hacendosa, equilibrada y seria, que trabaja de institutriz y hace ganchillos para aumentar su mísero peculio. Pero está muy equivocado. En la última parte de la novela, Irene le confiesa al profesor Manso que sus ideales eran completamente distintos y que en realidad ella detestaba la profesión que ejercía por necesidad: “La vocación de profesora durome hasta que salí de la escuela de institutrices. Entonces me pareció que me asomaba a la puerta del mundo y que lo veía todo, y me decía: «¿qué voy yo a hacer aquí con mis sabidurías...?». No, yo no tenía vocación para maestra, aunque otra cosa pareciera” (284). Máximo Manso escucha con asombro las inesperadas confidencias de Irene:

Yo he sido siempre muy metida en mí misma, amigo Manso. Así es que no se me conoce bien lo que pienso. ¡Me gusta tanto estar yo a solas conmigo pensando mis cosas, sin que nadie se entrometa a averiguar lo que anda por mi cabeza...! En casa de D. José yo cumplía bien mis deberes de maestra, yo ganaba mi pan; pero ¡ay!, si supiera usted, amigo, lo que padecía para vencer mi tristeza y mi resistencia a enseñar... ¡qué cargante oficio! ¡Enseñar gramática y aritmética! Lidar con chicos ajenos, aguantar sus pesadeces... Se necesita un heroísmo tremendo y ese heroísmo yo lo he tenido... Pero estaba llena de esperanza, confiaba en Dios, y me decía: «aguanta, aguanta un poco más, que Dios te sacará de esto y te llevará a donde debes estar...» (285).

Para que no haya lugar a dudas, Irene le confiesa a su amigo desdeñosa y descaradamente: “Usted veía y admiraba en mí a la maestra, mientras yo aborrecía los libros; no puede usted figurarse lo que los aborrecía y lo que ahora los aborrezco... Hablo de esas tremendas gramáticas, aritméticas y geografías...” (285).

Máximo Manso admitirá que es un ingenuo y que no ha sido capaz de comprender a aquella mujer. Irene sí que sueña, pero sueña con una felicidad banal, no tiene más que ambiciones comunes y corrientes; en palabras de Manso, es “una persona de esas que llamaríamos de distinción vulgar, una dama de tantas, hecha por el patrón corriente, formada según el modelo de mediocridad en el gusto y hasta en la honradez, que constituye el relleno de la sociedad actual” (287). Ella asegura que tiene “los deseos más nobles del mundo” (287), aspira a “ser feliz como lo son otras” (287).

Irene cumplirá su sueño, dejará para siempre de trabajar y se casará con Manuel Peña, un joven burgués que anhela codearse con los aristócratas, heredero de una familia de carniceros, que llegará a ser diputado y tendrá esperanzas de un futuro prometedor en la política.

4. Conclusiones

No cabe duda de que Tristana e Irene son dos de las más destacadas creaciones de Galdós. A pesar de tener tantas cosas en común, las dos jóvenes huérfanas son muy distintas.

Mientras Tristana es una auténtica feminista que lamenta no tener una profesión y aspira a ser independiente y a no depender de ningún hombre, Irene tiene una profesión, pero la aborrece y aspira a ser una burguesa como las demás mujeres de su época, mantenidas por sus maridos.

Desafortunadamente, la que fracasa es Tristana. La cruel e hipócrita sociedad decimonónica no le deja alternativa, sus ideales sucumbirán ante la evidencia y acabará casándose con su tutor.

El destino de la mujer, según Galdós, es desalentador. La mujer decimonónica se resigna a llevar la vida sumisa y humillante que habían llevado las mujeres a lo largo de los siglos.

BIBLIOGRAFÍA:

PÉREZ GALDÓS, Benito (2006). La sociedad presente como materia novelable. Disponible en: <http://www.biblioteca.org.ar/libros/130020.pdf> [Última consulta: 28/09/2019].

PÉREZ GALDÓS, Benito (2009). *El amigo Manso*. Madrid: Alianza editorial.

PÉREZ GALDÓS, Benito (2017). *Tristana*. Madrid: Cátedra Letras hispánicas.

CAUDET, Francisco (1992). Introducción. En Benito PÉREZ GALDÓS, *Fortunata y Jacinta* (pp. 11-86). Madrid: Cátedra Letras hispánicas.

DEL RÍO, Ángel (1982). *Historia de la literatura española* (vol. 2). Barcelona: Bruguera.

GONZÁLVEZ, Isabel & SEVILLA, Gabriel (2017). Introducción. En Benito PÉREZ GALDÓS, *Tristana* (pp. 9-106). Madrid: Cátedra Letras hispánicas.

MENÉNDEZ PELÁEZ, Jesús et al. (2005). *Historia de la literatura española* (vol. III). León: Everest.

ZAMBRANO, María (1982). *La España de Galdós*. Barcelona: La Gaya Ciencia.